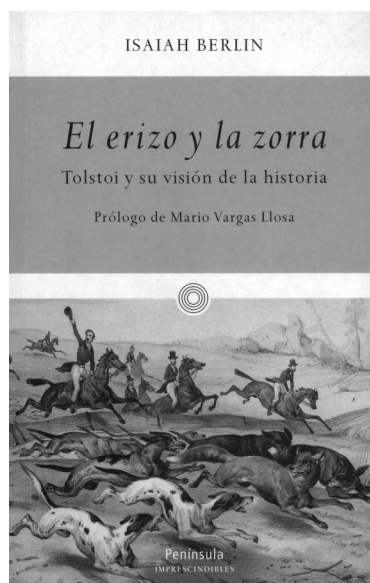


¿Zorra o erizo?

Edgar Esquivel

Tertuliano de salón o acróbata intelectual de las rondas de la alta sociedad inglesa de mediados del siglo xx, fueron calificativos que, sin concebir una abierta decepción, revelaban una reserva no exenta de respeto y admiración por parte de los exclusivos círculos londinenses hacia la figura del pensador liberal Isaiah Berlin (1909-1997). Pero efectivamente, advierte su biógrafo Michael Ignatieff, eran fiestas donde se le ocurrían buenas ideas: su predisposición por la vida bohemia y frívola era un hecho inédito y de poco fiar; no obstante, su impronta evidenciaba una creciente reputación. Y fue precisamente en una de las tertulias anteriores a la guerra en la que un caballero, Lord Oxford, le compartió un verso del poeta griego Arquíloco que semejaba un haiku: “*la zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante*”. “Era una distinción que encarnaba la incompatibilidad última entre tipos de personalidad artística y de moral de la vida creadora”. Tiempo después, en pleno proceso de escritura acerca del sentido de la historia en Tolstoi a partir de su obra *Guerra y paz*, Berlin recuperaría esa distinción elemental y provocativa “porque parecía captar la fisura entre su talento novelístico, el del zorro, para transmitir los detalles más sutiles de la vida humana, y su búsqueda, de erizo, de una teoría omnicomprendensiva sobre la existencia humana”.

En 1953, hace sesenta años, se publicaría el ensayo de Isaiah Berlin titulado *El erizo y la zorra*. “Filósofo, teórico político, historiador de las ideas; ruso, judío, británico; ensayista, crítico, maestro”, era, a decir de H. Hardy, “un hombre de formidable poderío intelectual con un raro don para entender un amplio rango de motivos, esperanzas y miedos humanos” y, al igual que Tolstoi, una zorra que anhelaba ser erizo.



Las ideas develan aptitudes, afinidades o temores. No es casual que un caso como el del autor de *Ana Karenina* haya representado para él un tema de especial interés. Es paradigmático y su sola biografía condensa la escisión permanente entre la ilusión por las verdades únicas y la necesidad de conceder interpretaciones contrapuestas, una ambivalencia que desnuda la vasta e inaprehensible genialidad de un escritor obcecado por la existencia de una sola y plausible explicación que desentrañara el pasado, el presente y el futuro. Un autor total que pese a su gran derrota dejó constancia de una recreación ejemplar de la condición humana por encima de su nostalgia por el absoluto.

—*¡No puede ser de otro modo, voy a la batalla!... Pero las circunstancias son más poderosas que nosotros, general... Todo depende de la voluntad divina, puedes morir en la cama y puede que Dios te salve en la batalla... Nuestro protector conoce su elevado destino y cumplirá con él. Sólo en eso creo...* Napoleón Bonaparte decía que para un buen general las grandes estrategias no son obra del azar ni de la fortuna, sino que éstas derivan siempre de la combinación y del ingenio. En cambio Tolstoi asumió, como Joseph de Maistre, que las batallas las pier-

de la imaginación y ponderó la sabiduría natural (Rousseau), la impotencia de la voluntad ante leyes universales o la irracionalidad inexplicable (Schopenhauer). “Una cosa son sus dotes y logros y otra sus convicciones y, en consecuencia, su interpretación de esos logros”. ¿Zorra o erizo? Depende de si se relaciona el mundo con una sola “visión central” o se pugna por fines distintos. ¿Dónde nace el *destino* de los hombres?, ¿dónde la *vacilación moral que decide la suerte de una batalla*? Discusión vigente que aún nutre ese “misterio que yace en las causas primeras de los acontecimientos” y que por tanto no habría una real posibilidad para el libre albedrío. ¿Quién o qué planifica los grandes acontecimientos? Tolstoi fue nihilista, escéptico que “buscaba una irrefutable y vasta verdad”: el corazón humano no tiene más respuestas de lo que imaginamos y sólo él podría construir ese sendero por el que todos habremos de transitar. Será la sabiduría la genuina posibilidad de trascender las explicaciones convencionales de lo que somos y hacemos: una comprensión auténtica que desprecia la fe en la razón.

Para Berlin la tesis central sobre la visión de la historia de Tolstoi es que existe una ley natural: la vida de los seres humanos no está menos determinada que la de la naturaleza. Pero es Canetti quien hace una lectura más humana: las leyes fueron su orgullo, por tanto fue imposible para Tolstoi no buscarlas con denuedo y antes de soportar que las batallas finales (contra los suyos y la muerte) le convirtieran en objeto, decidió huir. “Dios es mi deseo”, confesó a Gorki, cuando por su literatura se demuestra que “lo que vio no es lo uno sino lo múltiple”. De ahí la sospecha del crítico Eijenbaum: le torturaba la falta de convicciones positivas. No hubo destino, sino carácter. **U**